

## Nota introductoria

Karl Liebknecht cursó los estudios jurídicos que ejerció pronto en Westfalia llevando a cabo, repetidamente, la defensa de campesinos que habían intentado implantar el comunismo en la región, quebrando así las leyes del Estado alemán.

Su padre, Wilhelm (1826-1900), fue amigo de Karl Marx y cofundador del Partido Socialdemócrata Alemán junto a August Bebel, partido que se uniría más tarde con el grupo de Ferdinand Lassalle resultando de ello el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Liebknecht luchó siempre en y desde el ala izquierda de este partido. Historiadores conocedores de Karl Liebknecht (Pierre Broué, George Cole) lo consideran como un porta-estandarte más que un dirigente y más agitador que teórico.

Pensando en la nueva generación, fundó en 1907 la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas Juveniles; también en esta época escribió y publicó un libro que le supuso su primer ingreso en la cárcel: *Militarismo y antimilitarismo desde el punto de vista del movimiento de la juventud internacional*, crítica al proceso armamentístico, militar e imperialista de Alemania. A pesar de que el libro no fue bien visto por la mayoría del SPD, un año después fue elegido diputado en la cámara prusiana y en 1912 lo fue también en el Reichstag o Parlamento alemán.

Al inicio de la Primera Guerra redactó una protesta para ser leída en el Parlamento contraria a la concesión de créditos para la contienda, pero el SPD impidió su lectura.

En abril de 1915, ya en plena guerra europea, junto a sus afines críticos con el Partido, Clara Zetkin y Franz Mehring, publicó un único número de “Internationale”, periódico que denunciaban la deriva del SPD, su nefasto nacionalismo y la traición a la Internacional. Karl fue expulsado del Partido. Con Zetkin, Mehring y Rosa de Luxemburgo fundaron el Partido Socialdemócrata independiente de Alemania (USPD), situándose en su posición más izquierdista con la Liga Spartakus que también ellos habían constituido.

Nuevamente fue detenido, junto a Rosa de Luxemburgo, en 1916 en una manifestación contra el militarismo y la guerra.

Poco después fue detenido, esta vez junto a Rosa de Luxemburgo, en una manifestación contra la guerra y el militarismo. Fue encarcelado acusado de alta traición y desposeído de sus derechos civiles.

En el atardecer de 1918 estalló en Kiel una sublevación militar que inmediatamente se extendió por Alemania. Los espartaquistas fueron en buena parte el alma de aquella revolución; Liebknecht fue liberado con la esperanza de que ello detuviera el levantamiento; el káiser Guillermo II cayó, convirtiéndose el país en la república de Weimar, presidido por el Partido SocialDemócrata el cual con la ayuda de la reacción prusiana aplastó el levantamiento.

Durante el traslado de Karl y Rosa a la cárcel, ambos fueron masacrados y asesinados.

**Karl Liebknecht**  
**(Leipzig, 1871 - Berlín, 1919)**

## **¡ANTIMILITARISMO!**

Escribo este artículo el día en que se cumple el primer aniversario del comienzo de la guerra. El balance de este año es el siguiente: matanzas, mutilaciones, enfermedades, infección de millones de hombres entre los más vigorosos, exterminio de la flor de la juventud de Europa; barbarización de los pueblos; destrucción de las creaciones culturales más valiosas de muchas generaciones; dilapidación de miles de millones; devastación de las riquezas sociales acumuladas por el pasado en detrimento del futuro; alza del costo de la vida, hambre; un océano de lágrimas y sufrimientos; un cortejo fúnebre sin fin de madres y padres en duelo, de viudas y de huérfanos.

Se había prometido la liberación de las naciones oprimidas, pero el dios Marte, ávido de sangre, no es Jesucristo: el dios Marte ha clavado a todas estas naciones en la cruz. Sus lamentos atruenan por toda la tierra y llegan al firmamento. Y Bélgica se ha convertido en la Niobé de las naciones.

Se había prometido la igualdad de derechos, la libertad y el bienestar para los desheredados, los siervos, los trabajadores forzados del capitalismo; pero sus cadenas han sido acortadas; ¡los cerrojos de hierro de su servidumbre económica, reforzados! El proletariado europeo se ha convertido en el Job del mundo. Ingenuos llenos de esperanza y sabios augurios habían prometido el aplastamiento del militarismo, en tanto que éste se ha elevado por encima de todos los ideales y de todos los poderes: sombrío destino. Como la serpiente del Apocalipsis, el militarismo estrecha entre sus anillos a los cinco continentes, y como la montaña imantada de la fábula, arranca los clavos de la civilización, que vacila sobre sus bases.

El militarismo triunfador, seguido de sus satélites de la reacción interior, golpea imperiosamente en la puerta de la valiente y libre Inglaterra; cava minas clericales y monárquicas en dirección de la República Francesa —“¡la patria en peligro!”—; amenaza a Portugal con restablecer la realeza, pulverizada hace cinco años; gana a los neutrales: Holanda, Suecia, Noruega, Dinamarca e incluso a la misma Suiza; despliega el pendón estrellado en el viento de su asalto; prepara bajo una forma paradójica una nueva infame “Santa Alianza” de las potencias centrales con Rusia, protectorado europeo del zarismo;

“conquista” a Europa.

Apoteosis del militarismo, orgía del “entusiasmo” dirigido y de la “cólera” ordenada; apoteosis de la disposición al sacrificio dirigido y de la sumisión impuesta; bizantinismo rampante; canonización de los fabricantes de cañones; adoración de la fuerza bruta; naufragio de toda nobleza humana.

Apoteosis del militarismo, del “poder del Estado fuerte”, de la demagogia gubernamental sin escrúpulos, del gregarismo humano; apoteosis del casco puntiagudo, del sufragio de tres grados y de la especulación de los productos alimenticios; reforzamiento de la ciudadela del gran capital; la picota para todo movimiento en favor de la democracia, de la fraternidad y de la paz entre los pueblos.

¡Apoteosis del militarismo! Tal es el balance de un lado: el balance del viejo mundo capitalista.

¿Y el balance del otro lado? ¿El del nuevo mundo en gestación, el mundo del socialismo? La virgen de hierro del imperialismo lo ha ahogado entre sus brazos. ¿Qué es lo que puede salvar la fe en un alto “destino” de la raza humana? ¿Dónde está el soplo de este espíritu de autodeterminación de las masas, de la disposición para la acción resuelta y para el sacrificio ilimitado por los objetivos elegidos, por los ideales sagrados, por la lucha de clase, por la liberación de los pueblos, por la fraternidad y la paz, por la Internacional del socialismo?

La Internacional Socialista se ha desplomado bajo el huracán del imperialismo; se ha hundido bajo el muro del *chauvinismo*, el lodo de mentiras de la armonía de las clases en la nación, el fárrago confuso del engaño de la unión sagrada, cuya bendición asegura a los lobos de la política y a los chacales de la vida económica una tranquila caza del botín. La leyenda de la Torre de Babel se ha aplicado a la construcción de la organización mundial proletaria; la confusión se ha apoderado de los espíritus y de la palabra de los que trabajaron por ella; la comunidad fraternal se ha pulverizado. El militarismo triunfante ha plantado, burlón, su bandera sobre la calavera de esta fortaleza ante la cual temblaba y que, desde los primeros días de su loca carrera, ha caído entre sus manos sin una simple herida; el primero, el más alto “trofeo”, un verdadero trofeo. La única barrera que se oponía a su gran potencia ha sido destruida. Un castillo de naipes derribado.

No es cosa de detenerse, por el momento, en las causas, las circunstancias y las consecuencias de esta tragedia, que es en realidad una tragicomedia de importancia histórica mundial. Pero podemos decir con orgullo: del mismo modo que muchas secciones de la Internacional han tenido, a pesar de todo, una actitud gloriosa, la Internacional de los jóvenes así como la Internacional femenina se han salvado del hundimiento general. La Internacional de los viejos ha muerto; la Internacional de los jóvenes vive.

Y continuará viviendo, sacando la lección de las monstruosidades de la que ha sido testigo, trabajando en la reconstrucción y contribuyendo al restablecimiento de una nueva, grande Internacional, donde está escrito: “Estaré y caminaré de nuevo delante de los pueblos”.

La lección que hay que sacar es ésta, resumida a grandes rasgos: someter a un nuevo

examen el programa del movimiento de la juventud proletaria y templarlo bajo el fuego de la experiencia.

No es solamente el entusiasmo juvenil el que es capaz de grandes acciones: es la claridad y la firmeza, la inflexible idea de la lucha de clase lo que convierte al movimiento juvenil en invulnerable; la voluntad de participar en la lucha de clase internacional, una e indivisible; la afirmación de la solidaridad de clase por encima de todas las barreras nacionales y el carácter principal de nuestra acción, basada en un antimilitarismo inquebrantable.

El antimilitarismo es hoy, y lo será mañana más que nunca, el grito de guerra del movimiento internacional de la juventud. Quien no lo haya comprendido así tendrá ocasión de comprenderlo.

El mundo capitalista tiene ante sí una época de supermilitarismo. El antimilitarismo debe movilizarse febrilmente, movilizarse contra la guerra mundial de hoy y contra la guerra mundial de mañana; contra el estrangulamiento de la vida política de los pueblos, tal como se practica hoy, y su agravación amenazante para mañana.

Para explicar la esencia del militarismo, la Internacional de los jóvenes hizo, en el curso de sus conferencias de Stuttgart (1907) y de Copenhague (1910), un trabajo profundo, más profundo que el de los congresos internacionales. Transformar mediante el trabajo de educación el desarrollo en un proceso dialéctico consciente continúa siendo la consigna fundamental. El trabajo de esclarecimiento debe pasar de la apariencia a la realidad, del dominio de los sueños hueros y de las confesiones equívocas y de labios afuera al de una concepción del mundo firmemente anclada. Esta concepción del mundo socialista debe ser elevada a la altura de una necesidad moral que determine todo el pensamiento; debe ser el guía de todo sentimiento, el eje de toda acción; la fuerza intelectual capaz de determinar la orientación general de la acción.

Ni un solo principio esencial de nuestra educación antimilitarista ha sido refutado; sus tesis principales han sido, en estos años de desgracia, triplemente verificadas y, sin embargo, olvidadas e incluso mofadas por muchos. En este caos es necesario intervenir con mucha más firmeza para poner orden en las ideas. Es necesario reemprender con toda urgencia la enseñanza primaria del socialismo, mostrar el carácter de clase del régimen social actual, el carácter apátrida del capital, a despecho de todos sus aires patrióticos; el carácter apátrida, igualmente, de los gobiernos que, bajo el pretexto demagógico de servir los intereses de la nación, ponen a las masas al servicio del capital cosmopolita; las alianzas internacionales abiertas, o más aún clandestinas, del capital mundial y su solidaridad entre Estados, tan poco afectada por las guerras de pillaje imperialistas, que la comunidad de intereses de los capitalistas de un país en sus luchas por la concurrencia las hacen aún más sangrientas; el peligro universal que representan los fabricantes de armas, sus maniobras para excitar a unos pueblos contra otros; los partidos de la guerra, su composición, su esencia; la comunidad de intereses de la clase obrera de todos los países; la primacía absoluta prescrita a la clase obrera dado su papel en el proceso dialéctico de la historia, es decir, la obligación de conceder en la lucha de liberación proletaria una importancia fundamental a la estructura de clase –surgida

necesariamente de su misma naturaleza— de la sociedad humana, en relación con su división vertical provocada por causas extrasociales; la necesidad de fundar de forma irrevocable el movimiento obrero de cada país sobre este principio y dar de lado todos los otros intereses, por importantes que sean, sobre todo si entran en contradicción con él: ¡lucha de clase internacional por encima de guerra entre Estados! Lucha de clase internacional contra guerra entre Estados, y la consecuencia práctica en caso de guerra, de este antagonismo general: socialismo contra imperialismo. Sin esta conclusión práctica, este antagonismo es rebajado al nivel de una consideración apolítica.

La lucha antimilitarista es la forma aguda de la lucha de clase contra la guerra y contra la política de potencia interior del capitalismo.

Pero esta lucha, a la vista de la guerra actual, ha fallado; de lo que se trata a partir de ahora es de llevarla de una forma más amplia y más vigorosa que nunca.

Es necesario examinar en detalle las condiciones indispensables.

“Las revoluciones no pueden hacerse.” Este concepto, que se aplica a todo movimiento social es a la vez verdadero y falso.

“Las revoluciones se hacen”, como todo movimiento del desarrollo social. No que ellas pura y simplemente surjan del suelo, sino que son la consecuencia del despliegue orgánico de la comprensión, de la conciencia y de la voluntad de las masas, despliegue que no cae del cielo y no se continúa mecánicamente, fuera de toda voluntad, sino según las leyes de la vida individual y social, por la acción humana más o menos consciente; es decir, precisamente determinada por una psicología individual y social dada y por circunstancias sociales generales. Se trata, pues, de un hacer social, un proceso de *masas*, un fenómeno *en* las masas y *por* las masas, pero realizado por los actos de los individuos que las componen o que las representan momentáneamente.

Con mucha frecuencia este concepto ha sido utilizado para encubrir la inactividad política, de forma diferente según los países. Esto es verdad sobre todo en Alemania en donde la organización socialdemócrata es un modelo de desarrollo normal y pacífico, pero que en tiempos agitados se encoge como los borregués. Esto ocurre muchos menos en los países latinos. No quietismo, sino actividad: ¡ésta es la consigna!

¡Y no represión, no prohibición de la actividad individual! En un fenómeno de alcance histórico mundial que reposa en una amplia base de fuerzas y acciones sociales, un miedo exagerado a los peligros de la libre iniciativa, a las locas acciones prematuras y a los descarríos individuales no está justificado. Un gran movimiento social no puede utilizar las fuerzas sociales disponibles más que en un proceso dialéctico complicado y permanentemente dinámico en sí mismo, sobre todo en las épocas de conmociones catastróficas. En ciertas fases del desarrollo, se debe rechazar todo intento de *putsch* preliminar. Pero en un sentido más profundo, la condena de la acción individual como anarquista o anarcosindicalista no está justificada más que en el caso en que ésta es individualista no solamente en la forma, sino también en su efecto, en su significación social. Por el contrario, las acciones individuales destinadas a incitar o incluso a desencadenar acciones de masas no solamente son admitidas en la enseñanza del marxismo, sino que son, por así decir, exigidas por éste.

Es absurdo pensar que las acciones de masas pueden ser las iniciadoras de un movimiento de las capas sociales que deciden el devenir histórico, y que ellas pueden dirigir la ejecución de un movimiento. La primera incitación es siempre el producto de la acción de un individuo o de unos pocos, cuya iniciativa será una señal para otros más, así como la actividad de éstos será a su vez una señal para un número mayor. Es una chispa la que enciende el fuego, pero sólo el enardecimiento de las masas constituirá el incendio.

No es cierto que en cada momento histórico todo lo posible, todo lo que es útil a la colectividad se cumple como una “necesidad natural”. Esta tesis desconoce el carácter orgánico complejo de todo desarrollo social, con su amplio abanico de posibilidades. Una causalidad y una necesidad de orden natural dominan seguramente los fenómenos sociales, pero la fuerza y la acción individual, influenciadas y muy capaces de cambio aparecen igualmente, desde el punto de vista *social*, y en la medida en que ellas pueden desencadenar acciones de masas, como un factor de los más importantes.

La educación a la que hasta aquí ha sido sometido el proletariado, con vistas a subordinar el individuo a la colectividad, a la decisión ampliamente madurada por ésta, es urgente completarla con una *educación para una iniciativa libre* y audaz del individuo aislado en un momento bien concreto; una educación *para la acción bajo su propia responsabilidad*, a fin de hacerlo más capaz en los momentos en que las decisiones de las masas no han sido todavía tomadas y donde reina la confusión; de encontrar y hacer por sí mismo lo que es justo y necesario, lo que será la señal de alarma para la intervención rápida de las masas para la satisfacción de sus profundos intereses todavía no comprendidos. De que existen momentos en que las organizaciones no actúan o no pueden actuar, o todas las vías tradicionales de la acción de las masas son impracticables, la clase obrera tiene de ello desde hace un año amarga experiencia, una experiencia que, esperamos, no olvidará.

Se trata de sacar las consecuencias. La organización ha impuesto, por lo menos en Alemania, sus derechos; es preciso ahora conceder a la individualidad lo que le corresponde; es decir, la libertad de movimiento que le ofrece precisamente la organización.

La “mecánica” del ejercicio del poder social, gracias al cual fuerzas sociales potenciales se transforman en fuerzas cinéticas, y los hechos, que son en sí causas sociales posibles, se convierten en efectos sociales y devienen, en consecuencia, causas sociales, así como la naturaleza de los efectos, su relación con la naturaleza de las causas, el proceso social de reabsorción y asimilación en el cual las causas se transforman en efectos, todo esto no ha sido aún objeto de un examen profundo. Se trata de un fenómeno socio-psicológico muy complejo. El estado moral de la sociedad no es constante, con sus cambios cambia también la forma en que se desarrolla esta cadena de efectos.

Las mismas causas pueden producir efectos sociales completamente diferentes. Esta diferencia puede consistir en lo siguiente: que, en ciertas circunstancias, no se produzca ningún efecto social, que un efecto quede simplemente infecundo socialmente, que no sea asimilado ni adaptado; por ejemplo, si no ha sido conocido o comprendido. También puede consistir en la diferencia entre las partes de la sociedad que son afectadas, bien se

trate de capas sociales diferentes (clases, etc.), bien de grupos locales de dimensiones diferentes. Y puede residir igualmente en la calidad del efecto producido; en la diferencia del estado de ánimo suscitado del juicio y de la actitud que se deducen. La fuerza del efecto producido puede también variar considerablemente en el mismo medio social, y lo mismo su duración. A fin de cuentas, son expiraciones en el tiempo en la medida en que el efecto es más rápido o más lento, o, lo que no es del todo raro, no se produce sino después de un muy largo intervalo de tiempo, pero de una forma mucho más fuerte después de un periodo de ineficacia aparente durante la cual la causa, aun manteniendo su fuerza potencial, está condicionada por un proceso de transformación social.

Las causas sociales muestran una idéntica diversidad, que deriva en gran parte del carácter dialéctico del desarrollo social: la serie de efectos puede ser rectilínea o en zig-zag, directa o indirecta, rebotar como las bolas de billar o bordear como un barco de vela.

Las posibilidades son tanto más numerosas cuanto lo son los objetos sobre los que actúan, y los eslabones por intermedio de los cuales intervienen no son inactivos, su intensidad y su orientación varían. Así aparecen géneros de acción y de reacción muy complejos, los efectos se debilitan y se refuerzan mutuamente como las ondas sonoras de Cladius.

La experiencia de los tiempos de guerra muestra hasta qué punto el militarismo puede, prohibiendo los flujos de ideas e impidiendo la difusión de las informaciones, atenuar el efecto de las concepciones y de las acciones individuales, así como la influencia de acontecimientos capaces de emocionar profundamente a las masas.

La evaluación del efecto *social* de una determinada actitud constituye el fundamento de una acción *política*.

Debemos considerar, en principio, como objetivo de la lucha de defensa antimilitarista todas las posiciones de fuerza del militarismo, tanto las militares en el sentido estricto del término como las civiles, el personal que emplea y los materiales que utiliza. A este respecto, veamos algunas observaciones.

La guerra actual —es decir, la guerra impuesta por el imperialismo plenamente desarrollado— muestra más que cualquiera otra guerra que la estrategia militar es un asunto que concierne no solamente al ejército, sino a todo el Estado, a toda la vida económica y a toda la población, cuyo carácter y capacidad de acción influyen hasta el más alto grado, incluso en tiempos de paz y con toda evidencia a la organización del ejército. Lo mismo que toda la vida económica se transforma en función del militarismo, el Estado se ha convertido en una máquina perfeccionada hasta en los menores detalles, mucho más “completa”, potente y compleja que la máquina espartana, tan admirada, que al lado de aquella, produce el efecto de una jabalina griega comparada a un obús del 42 de las fábricas Skoda. La burocracia se ha elevado al nivel de una “cañonocracia”. Desde la dirección técnica oficial, semioficial y privada destinada a enardecer a la opinión pública en favor de la guerra; desde la movilización del ejército, de los transportes y del servicio de información; desde la movilización financiera y la regulación de la producción para satisfacer las necesidades del ejército (armas y municiones, equipo y vestuario,

material sanitario, etc.) hasta el condicionamiento continuo de la población civil (monopolización de todos los instrumentos con los que se forma la “opinión”, la declaración del estado de sitio, la utilización más o menos hábil de aquellos instrumentos para oponerse a la aparición de corrientes hostiles; aprovisionamiento material de la población civil, comprendidas las familias de los soldados para prevenir o impedir movimientos de oposición), la administración del Estado bajo la protección de la dictadura militar es un campo de actividad extraordinario. Si los parlamentos ayudan a la administración del Estado en esta acción, no solamente colaborando con ella como lo exige la Constitución —esta colaboración se convierte bajo el régimen de la dictadura militar en una pura farsa—, sino también como ornamento complaciente y demagógico, esto significa que los parlamentarios de las clases dirigentes dan al Estado un apoyo importante en su propio interés.

La vida económica asegura las necesidades del ejército. Tanto como el material humano, el material económico necesario para la prosecución de la guerra no es hoy, contrariamente a tiempos pasados, una magnitud fija dada de una vez por todas, sino un producto social que se renueva sin cesar y a la vez cambiante, tanto en lo que se refiere a la cantidad como al género, según las necesidades del momento. Dadas la diversidad y la inmensidad de las necesidades corrientes del ejército, la parte de la vida económica consagrada a satisfacerlas es absolutamente imposible de evaluar. La noción “industria de armamentos” e incluso “industria de guerra”, así como la de “órganos de distribución” puestos a su servicio son extraordinariamente amplias. Del mismo modo, la fabricación y distribución de los productos destinados a la población *civil*, comprendidos los que sirven para satisfacer las necesidades intelectuales (*panem et circenses*) forman parte de las necesidades de la guerra moderna. Se hace necesario sostener la moral de la población civil en tanto que reserva del ejército, como objeto de explotación capitalista y, ante todo, para el ejército mismo (para su reavituallamiento y para mantener su capacidad de combate).

La población civil no solamente asegura el aprovisionamiento (personal y material) del ejército, sino que en tanto que objeto del mayor interés por las relaciones íntimas tanto morales como materiales que mantiene con aquellos de sus miembros que forman parte de las fuerzas armadas, constituye un factor de influencia elemental sobre la “moral”, sobre el “espíritu” del ejército. El sostén de la “moral”, del “espíritu” forma parte de las necesidades absolutas de la guerra moderna. Así, situada fuera del ejército y encargada de aprovisionarlo, una gran parte de la población forma parte de los instrumentos humanos del militarismo imperialista, a la que se intenta, por lo menos en las ramas principales, someterla a la disciplina militar; finalmente, el resto de la población civil sirve de medio de influencia sobre la moral del ejército y de material humano de la sociedad capitalista en general.

Entre los materiales, es necesario mencionar en primer lugar las armas, las municiones, el equipo y todo cuanto sirve a las necesidades tanto del ejército como de la población civil.

Por lo que se refiere al círculo más estrecho de las posiciones de fuerza militares y

civiles, de los instrumentos humanos y materiales del militarismo en *tiempos de paz*, es inútil hablar aquí más en detalle, puesto que ha sido hecho en otra parte.

Que el militarismo, tanto en tiempos de paz como de guerra, sirve igualmente para combatir al “enemigo interior”, lo prueba elocuentemente la experiencia más reciente. En todo caso, es particularmente claro en tiempos de guerra. Si el “enemigo interior” en la población civil o incluso en el ejército es suficientemente fuerte, esto significa con toda seguridad un debilitamiento, una amenaza para la moral del ejército, pero la lucha contra este “enemigo interior” agrava fácilmente el mal. El militarismo siempre está en guardia en cuanto a la moral de la población en su conjunto, de los círculos de interés de ésta y de sus grupos ideológicos; siempre está al tanto de todo síntoma relativo a la moral que se manifiesta en quejas y protestas de toda suerte.

Dividir a la población entre pueblo en armas y pueblo no armado, o separar al pueblo armado del conjunto de sí mismo carece de sentido. Impidiendo la difusión de las informaciones y el cambio de opiniones (control de la correspondencia, censura, cierre de periódicos, supresión del derecho de asociación y de reunión), se podría teóricamente superar la dificultad, pero tales medidas ejercen una influencia deprimente sobre la moral de los hombres no enteramente sometidos o intimidados, y sobre los que estas medidas no ejercen tal influencia deprimente, éstos –dado el carácter de la guerra moderna– son de un valor militar relativamente menor. Esta es una de las numerosas contradicciones con las que se enfrenta continuamente el militarismo actual.

El estado de ánimo de los soldados y de la población civil, en tiempos de guerra, constituye un fenómeno singular. Sobre todo en el frente, en estado de peligro permanente, con una intensa tensión nerviosa, este estado de ánimo es angustioso, monomaniaco, primitivo; los impulsos dominan, la razón enmudece; la visión general se pierde, incluso por lo que se refiere a los acontecimientos diarios del conflicto mismo; todo pensamiento que pueda ir más allá de la defensa propia desaparece completamente, incluso la preocupación por la ayuda; los compañeros. Embotar, aturdir, impedir que el soldado sea dueño de sí mismo, que piense con claridad es un método excelente de dique moral y de mecanización para lograr una docilidad completa. Pero este método también encuentra su límite. En caso de guerra prolongada, incluso la perspectiva del triunfo desaparece y la impulsividad de la vida moral del soldado se transforma fácilmente en un peligro creciente.

Así, pues, el militarismo se encuentra situado, en la lucha contra el peligro interior en tiempos de guerra, ante dificultades más graves que en tiempos de paz.

Un socialdemócrata consciente, que conoce perfectamente la historia de las mentiras y de las hipocresías oficiales y semioficiales; que en principio desconfía de todas las declaraciones oficiales y oficiosas; impermeable a todo intento de formar una opinión desde lo alto e incluso habituado a lanzarse violentamente contra tal intento; animado de un profundo sentimiento internacionalista y de lucha de clase, este socialdemócrata no será *jamás* un dócil instrumento del militarismo, ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra, contra el enemigo interior; ni en el ejército ni fuera del ejército. En esto consiste el debilitamiento y la descomposición tan deplorados del espíritu militarista.

No hacer nada que pueda fortalecer este espíritu en el ejército y en la población civil es la primera obligación de la lucha de clase contra la guerra antes y después de que ésta estalle. Hay que exigir a cada socialdemócrata, de toda la política del Partido que tanto uno como la otra cumplan este deber sagrado.

El apoyo concedido por la socialdemocracia a la guerra actual y al gobierno, allí donde se ha producido, ha reforzado poderosamente al imperialismo; ha acrecentado su impulso, su movimiento, su tenacidad y su seguridad.

Un alto a esta locura es evidente por sí mismo, así como la necesidad de una política opuesta. Y no solamente el rechazo a todo apoyo, sino la más enérgica lucha, la más implacable lucha contra toda la política gubernamental; la prosecución más vigorosa de la lucha de clase en todos los terrenos: guerra civil, no unión sagrada. Es preciso aprovechar la situación creada para “sacudir a las masas”. Ante los horrores de la guerra moderna palidecen los peligros de la más furiosa dictadura militar. Cuando todos los lazos humanitarios y morales se desgarran y desvanecen, la autoridad de los papeles mojados impresos se convierte en un esquema nebuloso mucho más fácilmente que lo que puedan imaginar muchos valientes burócratas de partido. Del mismo modo, el postulado del rey-soldado, según el cual el soldado debe tener más miedo a sus superiores que al enemigo, no puede, dada la crueldad infernal de los métodos de guerra modernos, ser mantenido: la raíz de la disciplina militar forzada se pudre.

Efectivamente, existe una condición: que por lo menos la masa del pueblo se sienta dispuesta a imponer por sí misma sus objetivos, a sacrificarse libremente por ellos en lugar de sacrificarse por los del enemigo, que todavía son los amos; que se rechace el espíritu de sacrificio servil, ordenado.

Esta actitud está más desarrollada en Alemania de lo que parece, pero se consume inútilmente cuando la señal no llega, cuando no se encuentra el camino a seguir. Las reuniones poco concurridas con peligro de las vidas de sus asistentes significan menos que nada. La *técnica* de la lucha “revolucionaria” es completamente desconocida en algunos países. Más de uno se entregaría gustoso al combate, pero falta la tradición. Miles de prohibiciones, que serían útiles para el combate político, tienen ante sí, como piedras en el camino. Una capacidad de acción libre y creadora de los individuos aislados y, si es posible, de un gran número de individuos aislados es indispensable. Todos los caminos llevan hoy, al que critica la táctica revolucionaria, a esta Roma.

Como formas posibles de la acción antimilitarista abierta tenemos: rechazo del servicio militar, directo o disimulado, en sus diferentes grados y en los diferentes campos: no presentarse, aducir incapacidad para el servicio militar y mostrarse inadaptado al mismo, negarse a vestir el uniforme militar, aducir el famoso “no tiraremos”, etc.; entorpecer el cumplimiento de las tareas militares, observando escrupulosamente el reglamento, tal como hacen los ferroviarios italianos; ejecutar conscientemente mal las órdenes recibidas; sabotaje, desertión (como ocurre en el ejército ruso), etc. Debe quedar bien claro que todo lo que el ejército entrega en manos militaristas, así como todos los métodos empleados de forma individual y que produzcan un efecto puramente individual, debe ser, en principio, rechazado.

Según algunos, la segunda guerra balcánica fue finalmente contenida porque las tropas no podían ser lanzadas unas contra otras: ¡resistencia pasiva! Si, en la guerra actual, se establecen algunas relaciones de camaradería entre los soldados alemanes y franceses, que se enfrentan desde hace largos meses relaciones que son objeto de prohibiciones formales, a esto se le debe conceder una gran importancia. Según lo que se cuenta, los soldados franceses, al comienzo de la guerra, en espera de reciprocidad habían tirado por encima de la cabeza de los soldados alemanes: ésta es una forma difícil de controlar e impedir, pero que está evidentemente ligada a la idea de reciprocidad.

Es notable que la literatura conceda tanta importancia a la “resistencia pasiva”, cuya técnica es considerada como susceptible de ser muy eficaz en una situación difícil. “El porvenir está en la resistencia pasiva”, afirman muchos antimilitaristas.

Una huelga general internacional, una huelga general por lo menos en la industria de guerra, y sobre todo en la industria internacional de las armas y municiones, así como una huelga general de los transportes, tendría como resultado impedir una guerra o poner fin a ella una vez comenzada. El dios Marte se encontraría entonces desarmado. Pero la posibilidad de tal huelga, preconizada particularmente por los socialistas ingleses y franceses, plantea serias dudas, tal como Bebel expresaba en 1911. Ahora, la capacidad de organización demostrada por el sistema económico capitalista ante la guerra mundial y las nuevas experiencias en Inglaterra, Rusia y América vuelven a poner al problema táctico en primer plano. Según algunos informes, incluso la amenaza de llamada a las tropas en caso de huelga, allí donde el movimiento estaba encarnado a las masas, no tuvo ningún efecto.

Tal movimiento debería ser internacional y debería agrupar de la misma forma a todas las partes en guerra. Debería agrupar también a los neutros, que abastecen a las fuerzas. La influencia de los neutros –característica de la guerra moderna– sobre la balanza del éxito militar juega aquí un papel importante. Es igualmente necesario tener en cuenta esta influencia para una futura guerra imperialista, a condición, naturalmente, de que haya neutros en esos momentos. Los progresos realizados en la uniformación capitalista de la economía mundial; la caricatura del Estado comercial cerrado que, en detrimento de los intereses del pueblo, amenaza imponerse momentáneamente por razones militares en tanto que nueva forma de la locura de despilfarro capitalista; el esfuerzo por poner más a punto la industria de armamentos para asegurar el auto-aprovisionamiento de cada país, de estatizarlo en todo o en parte, todo esto ejerce también en escala internacional un efecto compensador. El país más atrasado desde el punto de vista socialista será también, militarmente, el menos eficaz, y llevará en sí gérmenes específicos de descomposición (ver Rusia). Seguramente todo esto no se puede calcular fácilmente por adelantado, pero esta inseguridad juega también contra el militarismo, ávido de guerra, contra una seguridad de la que no puede prescindir para llevar a buen fin sus propósitos. El hecho de que existan perspectivas favorables de acción antimilitarista es, por lo menos, suficiente para prever esta acción. Lo que disminuye extraordinariamente la dificultad.

La Internacional de los jóvenes ha recibido un mandato sagrado: mantener durante la guerra mundial, desencadenar en todos los países en guerra acciones que se refuercen

mutuamente y salvar así, en una lucha de clase internacional por la paz, el honor del socialismo; suscitando el entusiasmo y oponiéndose a los podridos compromisos, trabajar para construir la nueva Internacional, fundada sobre bases más sólidas. Debe actuar de tal suerte, que las clases dirigentes se equivoquen cuando, después de su fácil victoria sobre la vieja Internacional, se mezan en la ilusión de haberse liberado de su más grande preocupación. ¡Qué ningún nuevo atentado asesino contra la vida y el bienestar de los pueblos se produzca jamás! Que el imperialismo, si levanta más tarde su brazo contra el enemigo interior, encuentre a éste armado, y si dirige de nuevo su espada contra la humanidad, para lanzar su antorcha incendiaria sobre el mundo, ¡que se hunda en el estrépito de la tormenta!

¡Proletarios de todos los países: sed valientes, sed duros!

El pasado fue; el presente es el triunfo del asesinato de los pueblos. El futuro debe ser el triunfo de la paz entre los pueblos, y la juventud proletaria marchará delante de la nueva Internacional, ¡hacia el sol del socialismo!

*Implacabilis*

## **CONTRA LA GUERRA**

### **La Socialdemocracia y la guerra. El voto contra los créditos de guerra**

En relación con el proyecto que hemos presentado, declaramos:

Se trata de una guerra imperialista, particularmente del lado alemán, que tiene por objeto grandes conquistas. Se trata, desde el punto de vista de la carrera armamentista, en el mejor de los casos, de una guerra preventiva provocada por el partido alemán y austriaco de la guerra, bajo la sombra del semiabsolutismo y de la diplomacia secreta; guerra cuya oportunidad aparece favorable en el momento en que se han obtenido importantes créditos militares alemanes y se ha realizado un progreso técnico. Se trata igualmente de una empresa bonapartista dirigida a la destrucción y la desmoralización del movimiento obrero. El atentado de Sarajevo ha sido elegido como pretexto demagógico. El ultimátum austriaco a Serbia del 23 de julio era la guerra, la guerra anhelada. Todos los ulteriores esfuerzos de paz no fueron más que simple escenografía y subterfugios diplomáticos, ya fuesen considerados seriamente o no por los que participaron en ellos. Esto es lo que hemos comprendido con toda claridad durante los últimos cuatro meses.

Esta guerra no ha sido declarada para bien del pueblo alemán; no es una guerra para la defensa del territorio alemán. No es una guerra por una más elevada “civilización”. Los

más importantes países europeos de la misma “civilización” combaten entre sí, y precisamente porque son países de la misma “civilización”, es decir, de “civilización” capitalista. Bajo el engañoso estandarte de una guerra de nacionalidades y de razas se prolonga una guerra en la que en cada campo se encuentra la más confusa mezcla de razas y nacionalidades. La consigna “contra el zarismo” no tiene otro objetivo que movilizar los más nobles instintos del pueblo alemán, sus tradiciones revolucionarias, al servicio de objetivos guerreros, del odio entre los pueblos. Alemania, cuyo gobierno estuvo dispuesto a dar al zar sangriento ayuda militar contra la gran revolución rusa; Alemania, en donde la masa del pueblo es explotada económicamente, oprimida políticamente, en donde las minorías nacionales son estranguladas por leyes de excepción; Alemania no tiene vocación para jugar el papel de liberadora de los pueblos. La liberación del pueblo ruso debe ser obra del mismo pueblo ruso, tal como la liberación del pueblo alemán no puede ser el resultado de la benevolencia de otros Estados, sino obra del propio pueblo alemán.

Para tener éxito en las escandalosas maniobras gracias a las cuales ha sido declarada la guerra, y para impedir toda oposición y hacer creer que el *chauvinismo* es unánime en el pueblo alemán, ha sido proclamado el estado de sitio, suprimida la libertad de prensa y de reunión, desarmado el proletariado en lucha y forzado a una “unión sagrada” hasta tal punto unilateral, que –mal disimulada tras innecesarias declaraciones– no es sino una forma estilística de la paz de los cementerios.

Una energía mucho menor ha sido desplegada para atenuar la espantosa miseria que golpea a la mayor parte de la población. Incluso en estos difíciles momentos el gobierno no se ha decidido a tomar las medidas necesarias, sin tomar en cuenta las objeciones de los que anteponen su interés personal, hoy como siempre, a los intereses de las masas.

En cuanto a la forma en que es conducida la guerra, ésta suscita nuestra más resuelta oposición.

La proclamación del principio “La necesidad hace la ley” es la negación misma de todo derecho internacional.

Protestamos contra la violación de la neutralidad de Luxemburgo y de Bélgica, contra la violación de solemnes tratados, contra la invasión de un pueblo pacífico. Todos los intentos posteriores contra estas violaciones han fracasado.

Condenamos el cruel trato infligido a la población civil de los territorios ocupados; la devastación de localidades enteras; el arresto y ejecución de inocentes tomados como rehenes; el asesinato de individuos desarmados, sin reparar en la edad o en el sexo, asesinatos cometidos como represalia ante actos de desesperación y de legítima defensa. Todo esto justifica la más severa condena. Los mismos actos cometidos por otros ejércitos no pueden servir de excusa.

Lamentamos las anomalías que se manifiestan aún en el trato a los prisioneros de guerra en todos los países, comprendida Alemania. Exigimos a este respecto, así como para el trato de los súbditos civiles de los países enemigos, una reglamentación internacional inmediata en un espíritu humanitario y bajo control de los países neutrales. Rechazamos el principio de las represalias.

Nos oponemos resueltamente a toda anexión que choque con el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y que sólo sirva a los intereses capitalistas. Lejos de ser una seguridad para la paz, toda paz que conduzca a conquistas abrirá una era a la carrera acelerada de los armamentos y llevará en su seno otra nueva guerra.

Simpatizamos con los hijos del pueblo que realizan en los campos de batalla esfuerzos sobrehumanos de valor, de privaciones y de abnegación. Estamos con ellos como con nuestra propia carne y nuestra propia sangre, para los que pediremos llegado el momento cuentas implacables. Condenamos esta guerra. Nuestro deber ante el pueblo alemán, ante la humanidad entera, ante el proletariado internacional, al que pertenecen indisolublemente estos hijos del pueblo... nuestro deber nos obliga a oponernos con todas nuestras fuerzas a este destrozarse mutuamente los pueblos.

Exigimos la conclusión de una paz rápida y honorable. Agradecemos a nuestros amigos de los países neutrales sus valiosas iniciativas en este sentido y saludamos los esfuerzos de paz de las potencias no beligerantes, pues el rechazo de estas acciones pacíficas sólo sirve a los objetivos de la política anexionista y a los intereses de los capitalistas de la industria de armamentos, que propugnan por la continuación de la guerra.

Ponemos en guardia a los gobiernos y a las clases dirigentes de todos los países beligerantes contra la prosecución de la carnicería y llamamos a las masas trabajadoras de estos países a imponer el fin de la guerra. Sólo una paz nacida en el terreno de la solidaridad internacional puede ser una paz segura. ¡Proletariados de todos los países: uníos de nuevo pese a todo!

Al elevar nuestra protesta contra la guerra, sus responsables y los que la conducen; contra la política general que la ha provocado; contra los planes de anexión; contra la violación de la neutralidad de Bélgica; contra la dictadura militar; contra el olvido de los deberes políticos y sociales del que las clases dirigentes fueron culpables, y sobre todo lo son hoy, rechazamos los créditos pedidos.